

## **La Religión en México: 1960-2010**

### *I) Introducción*

La religión es un fenómeno humano sumamente complejo, que abarca o comprende toda una variedad de dimensiones y formas de vida, tanto individuales como colectivas. Dependiendo de los intereses teóricos que se persigan, puede desde luego estudiarse como si constituyera un todo auto-contenido, completo en sí mismo, es decir, sin tener para ello que examinar sus conexiones con otros fenómenos humanos, igualmente complejos, como el arte, la política, la cultura o la ciencia. No obstante, es evidente que un examen de las relaciones que vinculan a la religión con otras esferas de vida será siempre pertinente y útil para una comprensión cabal de ella. Por tratarse de un fenómeno humano, la religión en su conjunto (instituciones, creencias, valores, etc.) no puede ser inmune a las transformaciones sociales y funciona u opera siempre dentro del marco conformado por la vida material, como por ejemplo la tecnología. Después de todo, no es lo mismo dar misa desde el púlpito a voz en cuello que con un micrófono a la mano o por televisión y es claro que entender la importancia del cambio en la forma de transmitir un mensaje es decisivo para entender la evolución de las instituciones y los rituales religiosos mismos. Así, pues, aunque no forma parte de nuestros objetivos estudiar, en el lapso que va de 1960 al año 2010, el complejo sistema de influencias mutuas que se dan entre la religión y la vida social en su conjunto, parecería que es sensato decir al menos unas cuantas palabras a este respecto a fin de contextualizar debidamente nuestro objeto de estudio. Habremos, pues, de dar inicio a nuestro ensayo elaborando, si bien a grandes brochazos, un cuadro general del México del periodo que aquí nos incumbe, porque es sólo sobre dicho panorama como trasfondo que estaremos en la posición adecuada para examinar y comprender la situación y la evolución de la religión en nuestro país.

Nuestro punto de partida debe serlo una verdad o un grupo de verdades que resulten, aunque laxas por su generalidad, suficientemente sólidas para sobre ellas edificar el resto de nuestra construcción. En concordancia con lo anterior, lo que desde mi perspectiva habría que decir en primer lugar es que es imposible describir la vida en México a lo largo del período que nos interesa por medio de una única categoría, sea la que sea, como “paz social”, “inestabilidad”, “corrupción”, “globalización”, etc. Todas ellas y muchas más son indispensables para entender la evolución de la vida en México. Aunque considerado desde la perspectiva del devenir histórico medio siglo es poco tiempo, lo cierto es que durante nuestros 50 años la situación en México se fue modificando de una manera fulgurante y brutal.

De ahí que la imagen de México a lo largo de esos 50 años que haya que generar no pueda ser, por así decirlo, la de una fotografía, sino más bien la de una película. Esto es, pienso, relativamente fácil de ilustrar, como trataré de hacer ver en lo que sigue.

## II) *El Trasfondo de la Religión en México*

Muy probablemente la década de los 60 representa el punto culminante de lo que fue denominado como el “milagro mexicano”, esto es, una época de crecimiento económico sostenido, sin letales endeudamientos externos y con una política exterior relativamente independiente. Empero, es también la década del gran parte aguas social representado por el movimiento estudiantil y, más propiamente hablando quizá, por la rebelión juvenil de 1968. A partir de ese momento, empiezan años de turbulencia, de despiadada represión gubernamental, se inicia el a primera vista imparable deslizamiento hacia cada vez mayores desigualdades sociales, florece en todo su esplendor la corrupción en prácticamente todos los ámbitos de la vida social, nos vemos inundados por un torrente de mercancías extranjeras, la educación sufre una drástica reorientación y se produce una transición históricamente crucial en el Poder Ejecutivo. Éstos no son los únicos, pero ciertamente sí son elementos clave de nuestro mosaico social. Nuestra compleja evolución de los últimos 50 años tuvo, naturalmente, causas tanto internas como externas. Al igual que la religión no puede abstraerse del resto de los factores de la vida social, México como país no podía ser indiferente ante los grandes cambios mundiales y el período del que nos ocupamos es, precisamente, el periodo en el que se produjo un cambio de dimensiones mundiales e históricas: el mundo del socialismo real se vino abajo y se inició a nivel planetario el proceso conocido como ‘globalización’, esto es, la expansión ya sin freno del sistema capitalista al planeta en su totalidad. El derrumbe del Muro de Berlín, símbolo del triunfo incontenible de dicho sistema, tenía que afectar profundamente la vida en México, pero lo interesante es que lo hizo a una velocidad pasmosa. En política, para decirlo en dos palabras, lo que se efectuó fue lo que podríamos llamar (sirviéndonos de una expresión de la astrofísica) un ‘corrimiento hacia la derecha’. Frente a la bancarrota del ideal de la propiedad estatal de lo que fuimos testigos fue de la victoria y al auge de la “iniciativa privada”; como contracorriente respecto a la educación impartida por el estado, asistimos al resurgimiento y la proliferación de las escuelas privadas; en marcado contraste con el estado protector de la economía nacional, lo que vimos nacer fue el estado declaradamente abierto al capital extranjero y entregado a él en todas sus modalidades (comercio, banca, bolsa, turismo, etc.); en relación con la política exterior se pasó de una conducta decorosa de semi-independencia a una de sumisión casi completa *vis à vis* la gran superpotencia de la nueva etapa histórica. Un factor que por ningún motivo debería pasarse por alto es el marcado retroceso en la calidad de la educación pública y el concomitante avance de los medios de comunicación, en particular de la televisión.

Este kaleidoscopio de datos que hemos proporcionado no pretende ni mucho menos ser completo, pero me parece que sí podemos reivindicar su fidelidad respecto a la realidad. Es precisamente dicho cuadro lo que habrá de servirnos como telón de fondo para lo que tengamos que decir en relación con la religión. En concordancia con ello, lo que ahora procederé a hacer será enunciar al modo como lo hicimos más arriba, esto es, de manera sumamente general, algunas verdades básicas referentes a la evolución de la religión en México durante el periodo que aquí nos interesa. Se requieren, sin embargo, unas cuantas palabras a manera de preámbulo.

Debe quedar claro, *ab initio*, que medio siglo para “medir” la religiosidad de una nación es muy poco tiempo. Los efectos de la religión en un país se miden más bien en siglos. No obstante, dada la velocidad de los cambios, creo que podemos disfrutar de una panorámica aceptable de la vida religiosa en México en el periodo que nos ocupa. Como era de esperarse, la vida religiosa en nuestro país evolucionó a la par de la vida social en general, esto es, en forma vertiginosa y, por qué no decirlo, contradictoria. A reserva, desde luego, de expandir más abajo las ideas que aquí someramente presentaremos, creo que podemos sintetizar dicha evolución como sigue. En primer lugar, llama la atención la reinscripción y la decidida reactivación de la Iglesia Católica en la vida política y cultural del país. En verdad, con Vicente Fox se estuvo a punto de conferirle a la religión católica el *status* de religión de estado. Hay de este resurgimiento de la Iglesia Católica como fuerza política múltiples ejemplificaciones, como su protagónica actuación en el conflicto de Chiapas, las cinco visitas del Papa Juan Pablo II a México, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el Vaticano y el regreso a la educación religiosa en el nivel de la escuela primaria. Por otro lado, sin embargo, asistimos también a la proliferación de nuevas religiones y de sectas religiosas disidentes del catolicismo, lo cual ha ciertamente contribuido a menguar la presencia de esta última en la vida nacional. Y no estará de más señalar, a pesar de lo que a primera vista es una etapa de revitalización de las instituciones religiosas, que durante este periodo se entró también en un claro proceso de des-sacralización de la vida, el cual cobró cuerpo de muy variadas formas: el vacío cada vez mayor en las iglesias, la materialización en la perspectiva global y las expectativas de la gente, el desinterés creciente por ciertas creencias y el cambio drástico en la moralidad individual.

En resumen, al igual que con la vida social considerada globalmente, la vida religiosa mexicana, personal e institucional, durante el periodo que va de 1960 a 2010 se nos revela como un fenómeno en cambio permanente, a la vez rico en hechos pero contradictorio y de un futuro incierto.

### III) *Análisis de la Religión*

Antes de seguir adelante será preciso hacer algunas aclaraciones de orden conceptual y metodológico. Es menester comprender, para empezar, que hablar de religión es aludir simultáneamente a toda una variedad de cosas, por lo que para entender la vida religiosa de un país es indispensable tener claridad respecto a cada uno de sus componentes. Dentro de éstos podemos incluir, como factores ineludibles a considerar, en primer lugar, la escatología y la metempsicosis o, dicho de manera general, la metafísica propias de las religiones tradicionales: ciertas creencias fundamentales referentes a la creación del mundo, al alma, la inmortalidad, el más allá, la vida, la muerte, la resurrección, los milagros, las apariciones, etc. En segundo lugar, están las instituciones. Éstas incluyen cosas tan variadas como los templos, las jerarquías eclesiásticas, los textos sagrados y todo lo que ellas entrañan, como los ritos. En tercer lugar, encontramos sistemas morales, esto es, conjuntos de valores y principios de acción que se supone que encuentran su fundamentación en los documentos sagrados de las Iglesias y que las instituciones promueven y refuerzan. Y, por último, yo apuntaría a ciertos estados anímicos (los más excelsos quizá, en opinión de los iniciados) y a cierta forma de pensar y sentir íntimamente asociados con los factores antes mencionados. Aunque así entendida la religión es un hecho que hay enormes diferencias entre las diversas Iglesias, de todos modos los factores mencionados están, en mayor o menor medida, presentes en todas las grandes religiones. Las Iglesias protestantes, por ejemplo, carecen estrictamente de una curia, pero tienen pastores que, aunque no son, por así decirlo, empleados de su Iglesia, desde un punto de vista práctico operan como los sacerdotes católicos, es decir, como funcionarios religiosos; las sinagogas no contienen íconos, pero de todos modos son centros de reunión de fieles; y así sucesivamente. En general, se puede defender la idea de que las Iglesias se diferencian ante todo por las creencias que postulan y los modos de vida que promueven.

Si lo que hemos dicho es aceptable, se sigue que un estudio de la religión, en México o en cualquier otra parte del mundo, tiene inevitablemente que consistir en un examen de los aspectos mencionados. Eso es lo que, a vuelo de pájaro, nosotros haremos. Antes, sin embargo, quisiera hacer un veloz recordatorio de algunos datos que nos serán útiles para lo que vendrá después.

Como todos sabemos, la epopeya conocida como ‘Conquista de México’ significó no sólo la destrucción del mundo material indígena, esto es, la esclavización de sus pobladores y la apropiación de sus bienes y riquezas, sino también la aniquilación de su vida espiritual. Sus lenguajes, por ejemplo, adquirieron muy rápidamente el degradante *status* de dialectos y lo que se convirtió en la lengua nacional fue la lengua de los conquistadores. Sin embargo, y como era de esperarse, la aniquilación no podía ser total, de manera que lo que realmente se produjo, en un proceso que llevó un par de siglos para cristalizar, fue más bien un

fenómeno de fusión por medio del cual dos pueblos diferentes generaron uno nuevo. Así, por ejemplo, aunque evidentemente hay un núcleo común y la comunicación es perfectamente posible, de todos modos el español de México no es idéntico al castellano que se habla en España. Lo importante para nosotros es que algo similar podemos decir de la yuxtaposición forzada de las religiones. Es claro que, estrictamente hablando, la religión católica mexicana no es ni habría podido ser religión católica “pura”. Difícilmente, por ejemplo, habría podido un santo que realizó milagros en, digamos, Pisa, ser exactamente el mismo que su homónimo al que adoraban los pobladores de, verbigracia, Tlalpan. Es, pues, razonable pensar que si bien los santos mexicanos tienen nombres castizos inevitablemente tienen también raíces indígenas. La misma Virgen María es identificada en México más bien como Virgen de Guadalupe. Ahora bien, fue sólo gracias a esa mezcla de religión victoriosa con religión derrotada que el catolicismo, tal como lo conocemos, pudo realmente implantarse y dominar la vida espiritual del país por lo menos hasta mediados del siglo XX. ¿Qué pasó entonces?

a) *Las instituciones religiosas en México.* A partir de la instauración de las Leyes de Reforma, la Iglesia Católica y el estado mexicano han pasado tanto por periodos de relativa cordialidad y convivencia como por serias confrontaciones. El periodo más crítico en las relaciones Iglesia-Estado lo constituye, sin duda alguna, el de la así llamada ‘Guerra Cristera’, a finales de la segunda década del siglo pasado. En realidad, dicha confrontación marcó la posición general del estado mexicano prácticamente hasta las oportunistas y mal pensadas reformas de Carlos Salinas, a quien de hecho se le debe una nueva luna de miel entre el estado mexicano y la Iglesia Católica. Durante la segunda mitad del siglo XX, los gobiernos priistas emanados de la Revolución lograron mantener sustancialmente a la Iglesia al margen de la vida política y cultural del país. No obstante, la política gubernamental nunca fue del todo coherente y en su lucha por circunscribir las actividades eclesiásticas al ámbito del púlpito se tomaron decisiones que, muchos años después, tendrían consecuencias nefastas. Un claro ejemplo de ello lo proporciona la autorización por parte del presidente Lázaro Cárdenas para que laborara en México el tristemente famoso Instituto Lingüístico de Verano. Durante prácticamente medio siglo, dicha institución operó libremente en México, infiltrándose en los lugares más recónditos y evangelizando a los pueblos de múltiples comunidades indígenas. Así, con el fin de contrarrestar la fuerza y la influencia de la Iglesia Católica, los gobiernos mexicanos le abrieron las puertas a las, así denominadas por los católicos, “sectas” protestantes, sólo que también, junto con ellas, a peligrosos programas de desestabilización social. Las nuevas Iglesias encontraron un caldo de cultivo apropiado sobre todo, mas no únicamente, en el sur del país. Hacia los años 70 era ya claro que las actividades del Instituto mencionado no eran realmente científicas (de antropología, lingüística, etc.), sino más bien de sistemática infiltración política y cultural. Ante las evidencias, a principios de los años 80 se le prohibió formalmente a dicho instituto seguir operando en México, pero lo cierto es que, de

una u otra forma, sus actividades han continuado. En todo caso, la importancia de dichas actividades es todo menos desdeñable, puesto que es obvio ahora que el conflicto zapatista, si bien tiene fundamentos objetivos que son independientes por completo del Instituto Lingüístico de Verano, cuenta entre otra de sus causas la labor desarrollada durante medio siglo por dicha institución. Sobre este asunto regresaremos posteriormente.

Las actividades de la Iglesia Católica, como es natural, se ajustan a las circunstancias y al contexto histórico. En este sentido, la Iglesia Católica es una institución sumamente elástica o flexible. En el caso de México, hay por lo menos tres factores fundamentales que hay que considerar si lo que se quiere es explicar la reincorporación de la Iglesia en la vida cotidiana del país. Uno, el más básico, es el tablero político mundial en el que el hecho primordial fue el desmoronamiento del sistema socialista; el segundo factor importante fue el paulatino (y hasta el momento, irreversible) debilitamiento de las instituciones estatales mexicanas; y el tercero lo fue la llegada al Vaticano de un Papa particularmente carismático, de ambiciones religiosas ecuménicas y políticamente muy hábil, *viz.*, el Papa polaco Karol Wojtyła, mejor conocido como Juan Pablo II. Después del incuestionable éxito de las maniobras políticas de la Iglesia Católica en Polonia, a través de su decidido apoyo al sindicato dirigido por Lech Wałęsa, *i.e.*, *Solidaridad* – el gran instrumento para la paralización de Polonia, que fue el inicio del proceso de la destrucción del sistema hasta entonces imperante en Europa Oriental – Juan Pablo II fijó sus ojos en México, un país muy importante entre otras cosas por su número de fieles pero caracterizado por una tradición gubernamental casi hostil a la Iglesia Católica. Haciendo acopio de todas sus armas, Juan Pablo II logró imponerle al gobierno de José López Portillo una primera histórica visita durante la cual, en forma no oficial, el Presidente de México recibió al Sumo Pontífice en el aeropuerto Benito Juárez de la capital del país. La demostración de fuerza por parte de la Iglesia fue contundente: se movilizaron hacia la Ciudad de México más de cinco millones de personas, esto es, una cantidad de gente que ni con todos sus organismos actuando al unísono (CTM, CNOP, sindicatos de maestros, etc.) el gobierno mexicano habría podido juntar. Fue, a todas luces, una demostración de fuerza por parte de la Iglesia. Y algo todavía más digno de consignar, aunque quizá menos de recordar fue que, cediendo a las abiertas presiones de su madre, el entonces presidente de México invitó al Papa a que oficiara una misa en la casa presidencial misma, esto es, en Los Pinos. A partir de ese momento, la Iglesia Católica tenía ya el camino abierto para su reinserción en la vida nacional. Era ya nada más una cuestión de tiempo y, como ahora lo entendemos, se trataba de una situación que ciertamente sabría aprovechar.

Juan Pablo II hizo en total cinco viajes a México, el último de los cuales en un estado ya deplorable de salud. En todos ellos se entrevistó con los presidentes en turno: José López Portillo (1979), Carlos Salinas de Gortari (1990 y 1993), Ernesto

Zedillo (1999) y Vicente Fox (2002). Para cuando efectuó su último viaje, empero, los efectos de su acción política saltaban a la vista: México ya había establecido relaciones diplomáticas con el Vaticano, esto es, ya lo había reconocido como un estado soberano y, una vez más, se le había concedido a la Iglesia (y, por ende, a otras también) el reconocimiento jurídico perdido y, con ello, el derecho de participar activamente en, *inter alia*, los procesos de educación. Es menester decir, a este respecto, que sin duda alguna fue de Carlos Salinas de Gortari que la nueva orientación gubernamental recibió el impulso más fuerte.

Con la reincorporación de la Iglesia Católica en la vida nacional se abrió para ella un nuevo espectro de posibilidades de actuación en distintos ámbitos (político, educacional, económico.). Empero, dado que el derecho a operar como factor político no acarrea consigo la certeza de la victoria en la acción, puede afirmarse que a pesar de innegables logros la Iglesia Católica también sufrió durante nuestro período serios reveses. En relación con esto, por ejemplo, vale la pena mencionar aunque sea dos sucesos importantes en los que la Iglesia se vio involucrada y, de alguna manera, contenida. El primero es el conflicto zapatista y el segundo el asesinato del Cardenal Posadas Ocampo.

Como se dijo más arriba, la insurrección de los indígenas de Chiapas tiene bases objetivas y, por así decirlo, inobjetables. El estado de abandono, indefensión, explotación, insalubridad, ignorancia, etc., en el que viven las comunidades indígenas no sólo es innegable, sino que constituye una vergüenza histórica para los mexicanos y sus gobiernos, quienes han sabido convivir tranquilamente durante 300 años con la miseria de un porcentaje elevado de su población (alrededor del 10 % en la actualidad), a la que sistemáticamente han mantenido marginada e ignorada. Por ello, una de las muchas preguntas que hay que hacerse es: ¿cómo explicarnos el momento del levantamiento? ¿Por qué no estalló éste 10 años antes o 10 después? Aquí es donde se deja apreciar el carácter decisivo de la acción humana, tanto individual como institucional. Sin duda son varias las causas que operaron como factores de “desestabilización”, pero de lo que no puede haber duda es de que una de las chispas de la rebelión indígena fue el trabajo sistemático, auténtica labor de zapa, desarrollado durante medio siglo por los miembros de las nuevas “Iglesias”, esto es, de las sectas protestantes (metodistas, evangelistas, adventistas y demás). De hecho, el avance de estas Iglesias adquirió un tinte dramático, pues lograron reducir la cantidad de fieles católicos en, por ejemplo, Chiapas en casi un 50 %. Por consiguiente, el conflicto zapatista aunque, lo repito, provisto de una justificación social e histórica independiente, de hecho fue y sigue siendo en gran medida un conflicto religioso, un conflicto en el que la carne de cañón fueron los indígenas. En ese proceso de turbulencia social fue crucial el papel desempeñado por el obispo de San Cristóbal las Casas, Samuel Ruiz. Éste simplemente se volvió uno de los principales portavoces, negociando en nombre de una de las partes en conflicto con el gobierno y en estrecha colaboración con los dirigentes zapatistas. Como es bien

sabido, el obispo Ruiz hizo varios viajes al Vaticano y siguió, hasta su retiro, políticamente muy activo, lo cual es una palpable muestra de que recibió siempre el apoyo requerido por parte de las autoridades eclesiásticas supremas.

Íntimamente relacionado con los sucesos de Chiapas pero también con otros problemas nacionales está el asesinato del cardenal de Guadalajara, Juan Jesús Posadas Ocampo. El guet-apens del que fue víctima tuvo lugar el día 24 de mayo de 1993, en el aeropuerto de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, y es evidente que fue el producto de una maquinación política aderezada por personajes gubernamentales del más alto nivel. Por la inmensa información que manejaba en relación con toda una gama de temas (narcotráfico, Chiapas, etc.) y por las posiciones que defendía, el cardenal Posadas Ocampo se había vuelto un personaje incómodo en el escenario nacional. La explicación oficial de su muerte por parte del gobierno de Carlos Salinas, ofrecida a través de quien en aquel momento era Procurador General de la República, *i.e.*, el ex-rector de la UNAM, Dr. Jorge Carpizo, fue la más poco original y ridícula que se le podría haber ocurrido a alguien, a saber, la del “error”: se pretendió hacerle creer a la opinión pública que el cardenal había sido víctima de un malhadado accidente, pues se había torpemente interpuesto entre dos bandas de narcotraficantes en plena batalla y había sido confundido. Aunque obviamente dicha explicación es grotesca e inaceptable, a ella se atuvieron obstinadamente los sucesivos gobiernos de la República. Independientemente de ello, lo importante para nosotros es aprehender el significado político de la eliminación de un cardenal: se trataba obviamente de un actor político de primer orden, que empezaba a erigirse en contra de ciertas líneas de acción por parte de algunos miembros importantes del gobierno federal y que era imposible de ignorar. Pero lo que esto a su vez pone de relieve es simplemente que la Iglesia Católica se había vuelto a convertir, en unos cuantos años, en una fuerza política importante en México.

La Iglesia Católica ha estado asociada en numerosas ocasiones con escándalos de diversa clase: fraudes bancarios, asesinatos, decididas intervenciones políticas, etc. Empero, muchos de esos son escándalos internacionales o, por lo menos, sucesos que han ocurrido en otros países. Algunos otros escándalos, sin embargo, están más directamente relacionados con México. Un claro ejemplo de ello es el que provocaron las revelaciones de miembros de la asociación religiosa “Los Legionarios de Cristo”, fundada por un mexicano, el tristemente célebre padre Marcial Maciel. Dicha congregación, plenamente reconocida por la Iglesia Católica, fue fundada en 1941 y, aunque numéricamente reducida, ha sido y sigue siendo muy influyente, dentro y fuera de México. En realidad, tiene la estructura y funciona como una organización militar. El Papa Juan Pablo II la bendijo y ensalzó públicamente la figura y las actividades del Padre Maciel. No obstante, a finales del siglo pasado y a principios del presente, antiguos miembros de la organización de Maciel hicieron declaraciones que dejaron a la opinión pública perpleja y, por qué no decirlo, indignada. Lo que entonces se puso al descubierto fueron la depravación

sexual de Maciel y los abusos sexuales a los que sometía a seminaristas y jovencitos que aspiraban a formar parte de la congregación. Las detalladas descripciones de algunas de las víctimas dejaron a la gente boquiabierta y moralmente asqueada, pero lo más alarmante de todo fue que, a pesar de las acusaciones públicas y acreditadas, el Vaticano se solidarizó con el Padre Maciel, a quien nunca se atrevió a condenar o a excluir de la Iglesia. Este caso es famoso, pero lo cierto es que es un caso particular de un problema general que infecta a la Iglesia, a saber, el problema de la homosexualidad de los sacerdotes. Este es a las claras un problema agudo en especial para los curas y misioneros católicos puesto que ellos, a diferencia de los pastores protestantes, no pueden casarse. La sexualidad de quienes dedican su vida a la religión católica fluye entonces por los cauces de la homosexualidad y el secreto. Por ello, todo indica que la solución real o genuina de dicho problema sólo podrá provenir de una renovación radical de la Iglesia, esto es, cuando se acabe de una vez por todas con la exigencia del celibato y se permita el ingreso de las mujeres.

Sin duda alguna, el hecho más importante relacionado con las instituciones religiosas durante el periodo del que nos ocupamos lo constituye la reforma constitucional impulsada por Carlos Salinas de Gortari, en especial las reformas a los artículos 3 y 130 constitucionales. Es evidente ahora que el entonces presidente Salinas, intoxicado por su omnipotencia en el contexto de la vida nacional, ingenuamente se imaginó que podría contender con una institución milenaria como lo es la Iglesia Católica y que, mediante ciertas “concesiones”, la tendría sistemáticamente en el bolsillo y del lado del gobierno. Lo que de hecho sucedió, sin embargo, fue más bien lo contrario: él (y por su conducto, el estado mexicano) se convirtió en un útil instrumento de la Iglesia, puesto que lo que de hecho logró fue ponerle un término a lo que podríamos llamar la ‘óptica juarista’ que hasta entonces había servido de brújula a los diversos gobiernos de la República. Esto, hay que decirlo, representa un feroz atentado a la mismísima mexicanidad, pues en el núcleo de ésta lo que encontramos es precisamente el juarismo. Con el pretexto de “actualizar” las relaciones estado-iglesia, Salinas promovió una reforma que tuvo ni más ni menos los siguientes efectos:

- a) concederle a las Iglesias personalidad jurídica
- b) reconocerle a las Iglesias derechos de propiedad, adquisición de bienes, etc.
- c) permitir el culto fuera de los templos
- d) autorizar el restablecimiento de órdenes monásticas
- e) imposibilitar absolutamente cualquier ingerencia del estado en asuntos religiosos
- f) reintroducir oficialmente la educación religiosa en la educación primaria, secundaria y preparatoria privadas
- g) conceder reconocimiento académico a centros de enseñanza eclesiásticos

- h) permitir que extranjeros puedan practicar como ministros de culto en suelo nacional
- i) conceder el voto activo a sacerdotes, prelados, etc.
- j) autorizar que sacerdotes reciban herencias de personas a quienes asisten
- k) reconocer la participación política de las Iglesias en la vida nacional.

No se necesita ser ducho en historia de México para entender que lo que Salinas hizo, movido por sus desmedidas ambiciones personales, dominado por su diabólica soberbia e impulsado por su fatal ceguera histórica, fue darle una puñalada por la espalda al proyecto juarista de nación y, por ende, a México. Pero igualmente grave es que simultáneamente él le abrió de par en par las puertas del país no sólo a la Iglesia Católica, sino a las sectas o agrupaciones religiosas en general, sean las que fueren. A partir de su modificación de la Constitución Mexicana, lo único que se tiene que hacer para poder realizar actividades “religiosas” a lo largo y ancho del país es obtener un registro ante la Secretaría de Gobernación. Una prueba palpable de que era impensable que las cosas evolucionaran como ingenuamente Salinas se lo imaginó es que un par de años después fue ineludible para el régimen (estando Salinas todavía en el poder) eliminar al Cardenal Posadas Ocampo. Salta a la vista que Salinas de Gortari no entendió algo elemental, a saber, que instituciones como la Iglesia Católica tienen intereses propios, internos a ella, que persiguen en todo momento y bajo cualquier circunstancia y que ciertamente no se alteran por meros pactos de conveniencia pasajera o circunstancial. Naturalmente, lo que vale para la Iglesia Católica vale para cualquier otra “asociación religiosa”, sólo que cuando se promulgaron los cambios constitucionales en México se declaraba católico alrededor del 90 % de la población, es decir, casi 90 millones de personas y es por eso que dichas reformas le conciernen en especial a ella. El “error histórico” de Salinas es tan grande y le costará políticamente al país tanto como la deuda externa, que también (dicho sea de paso) él tanto contribuyera a incrementar e institucionalizar.

Hemos hecho un breve recuento de un aspecto de la vida religiosa en México durante un muy breve periodo, esto es, el *status* de las instituciones religiosas, centrándonos por razones obvias en el caso de la Iglesia Católica. Nuestra reconstrucción podría generar en el lector la idea de que México se encuentra en la vía de convertirse en un país con una religión de estado. Ello, empero, no es así. Sin embargo, el que eso no sea ni siquiera probable no se debe a que los gobiernos y los políticos nacionales hayan tenido el valor y la inteligencia requeridos para proteger los intereses perdurables de la Nación, sino que se explica más bien por ciertas debilidades internas de las Iglesias mismas o, más en general, de las religiones. Es de esos otros aspectos que pasaremos ahora a ocuparnos, para estar en posición de ofrecer posteriormente una visión de conjunto del panorama contemplado y una síntesis de las ideas aquí expresadas.

b) *La moralidad religiosa y la vida en México*. En todas las edades y en todas las regiones del mundo, la religión ha estado de uno u otro modo íntimamente ligada al poder. En otras palabras, los seres humanos siempre han instaurado y han desarrollado en forma paralela las instituciones temporales o terrenales y las instituciones espirituales. La armonía y la lucha entre ellas es una cuestión que no responde a ninguna ley de desarrollo, sino más bien al juego de cosas como las circunstancias, las personalidades, el azar o los avances de la ciencia. Ha habido épocas en las que las instituciones religiosas se han impuesto a las laicas, como ha sucedido (y sigue sucediendo) con estados declaradamente teocráticos o clericales, y a la inversa. Ahora bien, una forma como las Iglesias ejercen su poder, dejando de lado sus respectivas riquezas materiales, es a través de la manipulación de las mentes. Esta manipulación se ejerce básicamente de dos modos diferentes: primero se instilan en la mentas doctrinas referentes a otro mundo, otra vida, etc., y luego, en concordancias con ellas, se promueve o impone, según el caso, un modo de vida particular. Las doctrinas religiosas y los modos de vida acordes a ellas son lógicamente independientes: uno puede no creer nada de lo que una religión enseña y, no obstante, vivir de un modo que cualquier clérigo podría considerar impecable, y a la inversa: es posible que alguien haga suyo un determinado sistema de creencias y que, no obstante, lleve una vida incompatible con ellas (los casos abundan). En el siguiente apartado, nos ocuparemos brevemente de algunas creencias religiosas importantes y ofreceremos argumentos tendientes a hacer ver por qué dichas creencias, al haber quedado rebasadas por el conocimiento, han perdido mucho de su tradicional influencia en las personas. En este apartado, sin embargo, nos ocuparemos más bien del mismo fenómeno de interacción e individuos pero en relación con los modos de vida, con los sistemas morales defendidos por la Iglesia y trataremos de hacer ver que a lo que asistimos es en realidad una paradoja: mientras más fuertes se han hecho las instituciones, menos influyentes en la vida de las personas son en la actualidad los sistemas morales que promueven. Si en el primero de los casos mencionados el conflicto es ante todo con la ciencia, en el segundo lo es con la vida material contemporánea (de la cual la ciencia es, claro está, un factor decisivo) y con los valores que ésta exalta. Por otra parte, pienso que lo que más abajo sostengo en general se aplica por igual a todas las religiones (en condiciones normales), pero salvo por algunas alusiones superficiales a otras religiones, que en México son notoriamente de minorías, me concentraré en lo que podríamos llamar la ‘moralidad católica’.

Dos condiciones obvias para poder entender la naturaleza del conflicto entre la moralidad religiosa y la moralidad individual contemporánea son, primero, la adopción de una perspectiva histórica y, segundo, el que se tenga una idea más o menos clara de qué es la moralidad. La perspectiva histórica nos hace comprender que las reglas de convivencia surgen en determinados contextos y son en general elaboradas por gente de mente constructiva: son promulgadas e instauradas para promover la cohesión social, la solidaridad entre los miembros de la comunidad, el

progreso de la colectividad, etc., en un contexto histórico concreto y, por consiguiente, que lo que vale en una época o en determinadas circunstancias puede no valer en otras etapas o en otros lugares. Así, por ejemplo, es perfectamente comprensible que en un mundo en el que las pasiones fácilmente se desbordan, que no hay propiamente hablando un estado, que la población no vive de manera estable en una determinada región, etc., una regla como “No desearás a la mujer de tu prójimo” sea no sólo sabia, sino esencial. Si la gente no acatara dicha regla en una situación como la descrita el resultado sería la guerra permanente entre los hombres, el caos y la muerte. Como durante siglos a este respecto la situación básicamente siguió siendo la misma, la regla siguió siendo “válida” más allá de su espacio y su tiempo originales. El problema es que cuando, de manera paulatina e imperceptible, se fueron efectuando cambios drásticos en el modo de vivir, cuando por razones de derechos, educación, etc., hombres y mujeres interactúan no sólo en un plano de igualdad sino hasta de competitividad, cuando los contactos entre hombres y mujeres son múltiples y que la vida cultural misma induce a ello, cuando la ciencia hace factibles las relaciones personales sin que necesariamente éstas tengan las repercusiones que normalmente tendrían o podrían tener (embarazos, abortos, etc.), cuando las concepciones mismas de honor, celos, fidelidad, amor, matrimonio y demás se han modificado radicalmente, cuando la sociedad ofrece mecanismos para resolver agravios al margen de la vida e instituciones religiosas, etc., etc., el famoso mandamiento mencionado simplemente deja de operar. No es ni siquiera necesario que se le “refute” (signifique esto lo que signifique); simplemente, se le ignora. No se necesita cuestionarlo “teóricamente”: es simplemente un cadáver moral. Nadie lo necesita y *de facto* prácticamente nadie vive en concordancia con él.

Para que este fenómeno del caducar de los sistemas morales nos resulte comprensible será útil aclarar en unas cuantas palabras la segunda condición mencionada, esto es, la naturaleza de la moralidad. Debería quedar claro ya para siempre y para todos que la ética, la moral y la moralidad son cosas diferentes y que es un error considerarlas como intercambiables. Consideremos primero la moral. La moral es un sistema de reglas de conducta. Por ejemplo, “lavarse las manos antes de comer”, “no tendrás relaciones sexuales con otra mujer que no sea tu esposa”, “bautizarás a tu hijo recién nacido”, “ponte de pie cuando entre una dama al salón donde estás”, “no interrumpas a nadie a mitad de una oración”, son reglas morales, es decir, mandatos para actuar de determinado modo. La ética, en cambio, es la justificación teórica de dichos mandatos. El cambio de la moral a la ética es, pues, un cambio de generalidad y abstracción. En ética hablamos de razonamientos y de principios. Un principio ético es una fórmula que permite justificar o condenar muchas reglas morales. Así, pues, más que con reglas, en ética nos las habemos con principios los cuales, como se dijo, sirven para “justificar” o “rechazar” reglas morales particulares. Así, por ejemplo, un principio ético es el principio de la máxima utilidad: elige la regla moral que sea tal que al aplicarla la mayor parte de los involucrados en tu acción obtenga el máximo beneficio posible (o el menor costo

posible). Esto no es una regla moral, puesto que no nos dice concretamente qué hacer, sino un principio ético que sirve para elegir entre diversas reglas morales. Por ejemplo, si tengo que elegir entre cooperar para los damnificados o no hacerlo, lo que tengo que hacer es sopesar las consecuencias de cada línea de acción y actuar de acuerdo con aquella que genere más felicidad que dolor. Un principio ético alternativo es el famoso principio kantiano conocido como ‘imperativo categórico’: *actúa de tal manera que la máxima de tu acción pueda convertirse en ley universal*. ¿Por qué es este principio importante? Lo primero que hay que hacer es comprender qué asevera: nos dice que si yo estoy dispuesto a considerar la regla moral que deseo adoptar o aplicar como una regla que quisiera que todo el mundo siguiera, entonces mi acción es moralmente correcta. O sea, si yo estoy dispuesto a querer que los demás actúen como yo lo hago en un caso particular, entonces mi acción es moralmente buena. Demos un ejemplo. Si me comprometo a llegar a un lugar a determinada hora y luego me da flojera ir ¿qué debo hacer? La opción es entre las reglas “comprométete a algo y luego si no quieres no cumplas” y la regla “si diste tu palabra, cumple”. Lo que Kant afirma es que lo que estaríamos sosteniendo si optáramos por lo primero sería que implícitamente aceptamos que todos prometan y no cumplan, inclusive cuando es a nosotros a quien se nos hace una promesa. Nadie en sus cabales puede querer eso. Por lo tanto, es inmoral prometer y no cumplir. Cualquiera persona, por lo tanto, puede ver que hay una diferencia entre una regla moral y un principio ético. La moralidad, por su parte, es el sistema de reglas de hecho adoptado por una persona o una sociedad junto con (en principio) la justificación correspondiente. Así, condenamos o ensalzamos la moralidad de tal o cual persona, de tal o cual partido, de tal o cual sociedad, es decir, sus reglas de vida y las justificaciones que ofrecen.

Si hay tal cosa como la moralidad es porque ésta sirve para algo. Al individuo le sirve para guiarse en la vida, puesto que es su sistema particular de valores y reglas de acción. No obstante, es claro que hay muchas situaciones en las que el individuo aspira a respuestas que no dependen exclusivamente de él o de sus caprichos o pasiones o que tienen que ver exclusivamente con situaciones particulares, sino a respuestas con un grado mayor de alcance y de objetividad. Por ejemplo, alguien puede querer saber cómo se debe vivir en general, qué es vivir bien, y no nada más qué debe hacer para que las cosas le salgan como él quiere y él se salga con la suya. Lo segundo resulta de un vulgar cálculo; lo primero tiene otra dimensión. Con relación a lo primero, es probable que el individuo pudiera bastarse a sí mismo (si es suficientemente inteligente), pero es difícil (si bien, no imposible) que pase lo mismo con lo segundo. Es cuando requiere orientación sin para ello tener que hundirse en abstrusas disquisiciones filosóficas que el individuo apela a códigos morales previamente establecidos y a principios éticos debidamente codificados. Si alguien quiere casarse, se las tiene que arreglar por sí solo para buscarse una novia y proponerle matrimonio. Pero si alguien quiere dotar a su vida conyugal de un sentido particular, entonces apelará a alguna institución y, por

consiguiente, estará aceptando los principios morales de la institución a la que se acoja. Es aquí que se hace sentir la importancia de la religión.

El problema para las Iglesias en la actualidad es, por una parte, que se trata de instituciones que de manera natural tienden a perpetuarse pero, por la otra, que los principios morales que, por así decirlo, ofrecen en el mercado de principios y valores dejaron en gran medida y en general de ser atractivos para sus potenciales consumidores, puesto que las condiciones apropiadas para su aplicación prácticamente desaparecieron. Así, el individuo se ve en la encrucijada de tener que adoptar y seguir principios *prima facie* edificantes pero obsoletos y que sencillamente ya no responden a las necesidades del momento o dejar de formar parte de la comunidad religiosa en cuestión. El resultado ha sido una especie de compromiso en el que las instituciones y los ritos se mantienen, pero como fórmulas vacuas a las que de hecho nadie apela. Esto es algo que puede ilustrarse con relativa facilidad.

Consideremos un bautizo. Hace 10 siglos estaban dadas las condiciones para considerar el bautizo como un sacramento fundamental: la gente efectivamente creía o, si se prefiere, creía en serio que lo que estaba en riesgo era la salvación del alma de su recién nacido. Por salvar su alma, cualquier hombre hubiera hecho lo que fuera: llevar cargado a su hijo hasta el último confín del mundo, hincarse y humillarse, pasar hambre, mutilarse. Esto es comprensible: habría sido de una crueldad inhumana permitir deliberada o conscientemente que el alma de un vástago se quemara eternamente, por desidia de su procreador. Eso era algo que sencillamente no podía pasar. Por lo tanto, el bautizo era ineludible e inaplazable, el primer deber de los padres. Naturalmente, una vez consumada la celebración religiosa se tenía una gran razón para estar de fiesta. Así, el regocijo era un regocijo religioso, pues era el fruto natural de la superación de un obstáculo “trascendental”. La “fiesta” entonces sí tenía sentido. Sin embargo, en las circunstancias de vida actuales las cosas ya no son así. Nadie se desvive por el sacramento mismo: nadie se lanzaría con su hijo a pie del Distrito Federal a Guadalajara para que un obispo lo bautizara, etc. Sorprendentemente, lo que poco a poco se ha ido convirtiendo en el resorte de la acción es más bien la fiesta misma! Así, pues, los papeles se invirtieron: ahora es la fiesta lo que genera el deseo de tomar parte en un rito religioso. El bautizo se ha convertido en un asunto social y dejó de ser un importante evento religioso. Dicho de manera cruda: en la actualidad, un bautizo es un buen pretexto para un buen desayuno.

Es pertinente hacer hincapié en que el fenómeno recién descrito vale por igual, *mutatis mutandis*, en o para ritos de otras religiones. Considérese la circuncisión. Es perfectamente comprensible que al vivir en el desierto, en condiciones precarias, en movilización continua, con grandes carencias de agua, etc., se produjeran con frecuencia ciertas infecciones y que los científicos de la

época llegaran a la conclusión que una manera de evitar enfermedades en cierta parte del cuerpo masculino de niños recién nacidos o muy chicos era el de practicar una leve incisión, de manera que pudiera lavárseles mejor y así evitar purulencias, molestias, etc. Dado el contexto histórico, una práctica así era perfectamente razonable. Más aún: habría sido una infamia no adoptarla, puesto que eso habría sido desproteger a sus propios hijos. Y, de nuevo, una vez salvaguardada la salud del niño (por lo menos respecto a la clase de males relevante), era natural que la gente se regocijara y expresara su alegría con un convivio. Cualquier persona normal querría compartir su pan cuando ya ha quedado convencido de que logró poner a su hijo a salvo de ciertos peligros o riesgos. El problema es que, por múltiples otras razones, dicha práctica quedó erigida en sacrosanta, cómo si hubiera quedado validada independientemente de su utilidad y como si tuviera sentido aplicarla en contextos totalmente ajenos a su contexto original. Esta situación genera inevitablemente un conflicto para el individuo de nuestra época: por una parte, hay una tradición que aparentemente hay que seguir, pero por la otra uno sabe que dicha práctica es perfectamente redundante puesto que, por una parte, se sabe que de todos modos la circuncisión no es susceptible de evitar ciertos contagios o males y, por la otra, que en la actualidad no se le requiere, dado que es del dominio público que hay otros medios para más efectivos para combatir las infecciones (antibióticos, por ejemplo). Así, una vez más, muchos judíos (ciertamente no todos) siguen con la práctica de circuncidar a sus hijos (a pesar de que a menudo presenciar el corte del prepucio representa una escena no fácil de soportar para un padre) cuando es claro para todos que la verdadera motivación de la práctica simplemente desapareció. Es natural inferir que en la actualidad lo que sigue motivando a la gente para participar en un rito como el de la circuncisión es más bien la segunda fase, esto es, la fiesta, el compartir con los correligionarios algo importante, presentar socialmente al recién nacido, encontrarle padrinos, etc. Pero lo que es obvio y no tiene mayor sentido negar es que el ritual se transmutó y que de religioso tiene muy poco.

Pienso que podemos generalizar y afirmar que de conflictos como los señalados están plagadas en la actualidad las grandes religiones, las religiones milenarias. Basta con echar un vistazo a las ceremonias religiosas más comunes para percatarse de que las reglas de acuerdo con las cuales vive la gente no son los mandamientos religiosos originales. Considérese la institución del matrimonio. Aunque ciertamente muy distinto del esquema original, es indudable que el matrimonio está todavía a la moda. Católicos y no católicos se casan, pero ¿lo hacen los católicos en concordancia con las reglas de la Iglesia? Rara vez. Cada vez menos mujeres llegan vírgenes al matrimonio, el divorcio está a la orden del día y los roles del hombre y la mujer no son ya necesariamente los tradicionales. Una vez más, la adopción de una perspectiva histórica puede sernos sumamente útil para entender la naturaleza del conflicto actual. El carácter sagrado que otrora tenía la unión entre un hombre y una mujer es fácilmente explicable: conquistar una pareja era una labor ardua, ganarse la vida era algo que individuos solos difícilmente podían hacer, era

menester asegurar la transmisión correcta de los bienes, los contactos entre hombres y mujeres estaban rígidamente reglamentados para evitar el caos social, etc. Casarse, por lo tanto, no podía ser otra cosa que ligarse a otra persona de por vida, de manera que la vida al margen del matrimonio era si no impensable sí una desgracia. Más aún: casarse era de hecho una o la gran oportunidad para realizarse. Es natural entonces que cualquier persona quisiera, por una decisión tan importante en su vida como la de casarse, recibir una bendición especial. Y, de nuevo, la fiesta era la culminación de una decisión definitiva.

Sería ridículo pretender que la situación recién descrita es la actual. El matrimonio de hecho fue siendo remplazado (y se mueve cada vez más velozmente en esa dirección) por los así llamados ‘contratos matrimoniales’. Aunque probablemente todavía cualquier individuo al casarse se imagina que se casa para siempre, la verdad es que en sus respectivos fueros internos ni él ni ella están en la actualidad dispuestos a atenerse a los rígidos cánones de vida común forzosa de la sociedad medieval. Cada vez más gente, independientemente del credo religioso del que sea adepta, se casa sabiendo de entrada que tiene la opción de separarse legalmente de su pareja. O sea, a diferencia de lo que ocurría cuando el sacramento del matrimonio tenía un sentido preciso, en la actualidad el matrimonio religioso no necesariamente embona con el matrimonio laico o legal. El derecho abrió en la institución del matrimonio una brecha que antes no existía y al hacerlo lo modificó radicalmente. Esto a su vez abre un nuevo rango de posibilidades: uno se puede casar por curiosidad, por un deseo fuerte pero pasajero, por cumplir con un trámite, interés, por el deseo de tener hijos, por consideraciones afectivas, sociales, políticas, etc. En todo caso, lo que ya en general no se da es, por así decirlo, un único paquete de posibilidades de realización conjunta. La noción de pareja cambió. Si el divorcio es una posibilidad permanente: ¿cuál es el sentido de una celebración religiosa que asume que el divorcio no es una opción? ¿Para qué casarse por la Iglesia si, ahora más que nunca, el vínculo matrimonial puede deshacerse, y deshacerse sin repercusiones prácticas? Lo que aquí tenemos es, pues, una discordancia entre el modo de vida promovido por la Iglesia y el modo de vida real. Tal como la conocemos, la Iglesia es una institución cuya modificación significaría su aniquilación. Está, por lo tanto, internamente imposibilitada para transformarse y, por consiguiente, no puede adaptarse a modos de vida novedosos. La Iglesia no puede sancionar el modo de vida actual, puesto que en su esencia se contraponen a él. Como no lo puede destruir, tiene que convivir con él. Pero lo que entonces sucede es sencillamente que el individuo es colocado frente a una gran contradicción: por una parte la sociedad le ofrece una serie de posibilidades que, por la otra, la Iglesia no le reconoce. En este conflicto, quien pierde terreno todos los días es precisamente la institución religiosa.

Me parece que, con base en la sencilla explicación anterior, podemos extraer la siguiente conclusión general: el último medio siglo ha sido el de un periodo de

avance de las Iglesias en el plano institucional, pero de retroceso en el terreno de la promoción de valores, modos de vida y canales de conducta. La revolución sexual, por ejemplo, permitida por la ciencia e impulsada por la tecnología y los negocios, alteró de manera sustancial la mentalidad del individuo de nuestros tiempos, de manera que éste se independizó de la moralidad sexual promovida por la religión tradicional. La cultura sexual católica, parte de toda una cultura de vida, de una cultura que permitía y sancionaba el desarrollo individual, poco a poco se fue convirtiendo en una cultura de estancamiento y de muerte. Era natural que esta batalla en particular la Iglesia la perdiera. De las leyes de la evolución histórica ni la moralidad religiosa escapa.

c) *Las creencias religiosas y los fieles.* Quizá la faceta más importante de la religión sea la constituida por el sistema de creencias que la definen. Las creencias a las que me refiero versan sobre cuestiones de interés vital, pero son diferentes en carácter de las creencias vitales concernientes a asuntos de interés inmediato. Las creencias religiosas atañen a temas, por así llamarlos, especiales. El carácter especial de dichos temas queda recogido o reflejado en el vocabulario religioso. En religión no se habla de negocios, inversiones, bombas, cultura, mujeres, comida, etc. En religión se habla de Dios, del premio y el castigo eternos por nuestra conducta en la Tierra, del destino del alma, del perdón divino y de cosas por el estilo. En religión se habla de “cosas” que se supone que son reales, pero que no son perceptibles. Para decirlo de manera exótica: Dios no habla en ningún lenguaje natural, no se expresa en ruso, en inglés, en hebreo, en náhuatl, etc. Dios sólo da señales.

Para entender el problema que en la actualidad plantean las creencias religiosas tenemos que hacer un pequeño rodeo, si bien me limitaré a hacer tan sólo unas cuantas aclaraciones elementales. Comencemos con las creencias. En relación con ellas, lo que es importante entender es que las creencias son algo que se expresa en palabras y en acciones. Si yo creo que viene un lobo, entonces me escondo. Mi creencia en el lobo y en su ferocidad hacen que me esconda y a decirles a otros que lo hagan. Así, si digo que creo en Dios es porque lo afirmo y actúo en consecuencia. Este carácter dual de la creencia, su faceta verbal y su faceta práctica, se pueden disociar: alguien puede decir que cree en Dios y actuar como un criminal y alguien puede actuar como un santo y no decir nunca que cree en Dios. El hombre religioso genuino hace las dos cosas: habla de cierta manera y actúa de cierta manera.

El problema que plantean las creencias religiosas en la actualidad es que, tal como son transmitidas, son inaceptables. Dado que la gente no va a rechazar o a modificar las formas religiosas tradicionales de hablar, la consecuencia es simplemente que va a dejar de actuar en concordancia con ellas. Esto es comprensible: si una creencia no me resulta convincente ¿por qué tendría que comportarme tal como ella lo sugiere? Pero entonces nuestra inquietud es: ¿por qué ya no nos resultan convincentes las creencias religiosas?

Consideremos el asunto desde la perspectiva del lenguaje. El lenguaje natural es como un gran mosaico: se compone de, por decirlo de algún modo, muchos pequeños lenguajes. El lenguaje natural es el instrumento del hombre normal, del hablante normal y éste usa el lenguaje para un sinnúmero de fines, en conexión con un sinnúmero de actividades. Las actividades a su vez brotan en conexión con las necesidades humanas, necesidades que van surgiendo en función de los contextos. Un indígena australiano, por ejemplo, no tiene requerimientos bancarios y, por lo tanto, no necesita el lenguaje de la banca (intereses, porcentajes, inversiones, divisas, etc.). Ahora bien, todo hablante normal necesita del lenguaje religioso. En este sentido, el lenguaje religioso es parte integral del lenguaje natural. No hay (y podemos aventurarnos a hipotetizar que no puede haber) un lenguaje humano que no incorpore como parte de él al lenguaje religioso. Por ‘lenguaje religioso’ entiendo, naturalmente, las expresiones en las que aparecen palabras religiosas, no terminología teológica. El lenguaje teológico abarca al lenguaje religioso, pero la inversa no vale. Los hombres de las cavernas tenían sentimientos religiosos y prácticas religiosas y no sabían nada de teología. El hombre normal debe poder hablar libremente de Dios, sentirse abandonado o premiado por Él, sentirse que por sus acciones estará en el Paraíso o que irremediamente se quemará en el Infierno. El ser humano necesita decir cosas así y al hablar así habla religiosamente. O sea, el lenguaje religioso, como cualquier otro “sector” del lenguaje natural, es un lenguaje útil en la vida cotidiana, útil para la expresión de ciertos estados de ánimo y para impulsar ciertas actitudes y líneas de conducta. De ahí que sin el lenguaje religioso el ser humano normal estaría perdido.

Si lo anterior es acertado ¿por qué entonces se dio el conflicto entre la religión y la ciencia, la religión y el conocimiento, la religión y el sentido común? ¿Cómo nos explicamos dicha oposición? ¿Será acaso que un sector del lenguaje está en permanente conflicto con otros? Es obvio que no. La razón estriba en que el lenguaje religioso natural fue absorbido (quizá porque es fácilmente absorbible, porque se presta a ello) por grupos de hablantes que, primero, lo interpretaron de cierto modo y después, una vez impuesta su interpretación, se auto-declararon autoridades en los temas a los que se alude por medio del vocabulario religioso. Fueron entonces surgiendo las “grandes” religiones, las religiones institucionales. Así, un modo natural de expresarse, asociado con sentimientos y emociones especiales y propios de todos los hablantes, quedó acaparado por quienes se ostentaron como los profesionales del ramo. Se creó, por así decirlo, la profesión de sacerdote o de religioso, la del especialista en cierto sector del lenguaje. El lenguaje religioso natural quedó desfigurado y pudo así ser manipulado a placer por los dirigentes, líderes, etc., de las religiones institucionalizadas. A partir de ese momento, lo que se nos dijo fue algo como: si quieres hablar de Dios tienes que ser o budista o católico o judío o protestante o .... Nuestra inconformidad es inmediata: ¿por qué tiene que ser ello así? El lenguaje religioso es patrimonio de todos los hablantes normales, porque es y siempre fue parte del lenguaje natural. ¿Por qué

entonces yo, usuario normal del lenguaje, tengo que optar por una u otra de las religiones oficiales, cuando puedo por cuenta propia aprovechar el lenguaje religioso, con todos los beneficios que éste acarrea?

Lo que es crucial entender es que la manipulación del lenguaje religioso fue posible sólo gracias a su tergiversación. ¿En qué consistió dicha tergiversación? En haber impuesto sobre el modo religioso de expresarse la clase de sentido que tienen nuestras expresiones cuando hablamos de cosas, personas, lugares, productos, etc. La tergiversación se debió, por lo tanto, a la cosificación del lenguaje religioso. Fue cuando se pensó que hablar de Dios era hablar de un ser muy especial, que hablar del paraíso era hablar de un lugar, que hablar de un milagro era hablar de un fenómeno que no se ajusta a las leyes de la naturaleza, etc., que se sembró la semilla de la discordia (que tardaría siglos en florecer) entre la religión y la ciencia. En un contexto de ausencia de conocimiento astronómico o biológico propiamente hablando, afirmar que Dios creó el mundo o generó la vida no puede dar lugar a ningún conflicto, porque no hay nada por el lado del conocimiento que se contraponga a dicha aseveración. Pero cuando ya existe un contexto así, es decir, cuando ya se dispone de explicaciones científicas en relación con esos temas, entonces la afirmación religiosa se vuelve sencillamente absurda, incomprensible, inútil, inaceptable. En la actualidad es intuitiva o perfectamente claro para todos que si lo que queremos es saber qué pasa en el mundo y cómo lidiar con él, lo que se tiene que hacer es apelar a la ciencia. La religión en realidad nunca tuvo funciones cognitivas, si bien durante muchos siglos se pensó que sí las tenía. Lo que ahora podemos afirmar es que el periodo de la intromisión de la religión en el ámbito del conocimiento murió.

Es sólo si lo anterior es acertado que estaremos en posición de ofrecer una explicación del conflicto entre la religión y el conocimiento: lo que pasó es que la religión se había arrogado derechos que simplemente no tenía y que, con el paso de los siglos, fue perdiendo hasta perderlos por completo. Para las antiguas preguntas religiosas, muchas de las cuales en el fondo eran preguntas científicas sólo que descontextualizadas y mal formuladas, ya hay respuestas y si no las hay sabemos que no las hay y que no tiene sentido seguir investigando. Lo que en cambio es declaradamente absurdo es pensar que hombres de hace 5,000 años habrían podido saber más acerca del mundo que sus congéneres de hoy. El problema está precisamente en que mucha gente asocia la religión con cuestiones de ciencia de vanguardia, esto es, con preguntas de tipo ‘¿cómo se creó el mundo?’, ‘¿Cómo surgió la vida?’, etc. Independientemente de cuál sea la respuesta, lo que ahora podemos con toda confianza afirmar es que la religión no tiene como objeto responder a preguntas así, es decir, no forma parte de sus funciones proporcionar respuestas a preguntas de esa índole. Lo que se produjo fue una gran confusión. Ahora, en cambio, sí estamos en posición de aseverar que el conflicto entre la religión y el conocimiento llegó a su fin, porque ahora entendemos que la ciencia

explica la vida y el mundo, en tanto que la religión le canta a la vida y al mundo. Son dos cosas diferentes. Mezclarlas o confundirlas es adentrarse por la vía de la destrucción total de la religión. Es claro que si la religión no es más que ciencia mal planteada, pseudo-ciencia, entonces la religión carece por completo de interés para el hombre contemporáneo. Pero ¿es eso la religión?

Pienso que no. La religión es, como dijimos, independiente del conocimiento, porque no tiene entre sus funciones ni obtener ni proporcionar datos acerca de la realidad. De hecho, eso lo entiende cualquier individuo, puesto que lo manifiesta en su conducta. Por ejemplo, si alguien tiene un hijo enfermo y tiene que optar entre un médico y un cura, optará por el médico; si alguien tiene que preparar un diseño de un avión y se ve forzado a elegir entre lo que dice un ingeniero y lo que dice un sacerdote, elegirá lo que dice un ingeniero; y así sucesivamente. Todo mundo actúa de conformidad con la concepción científica del mundo, que es la que prevalece. ¿Significa eso el fin de la religión? En lo absoluto! Significa únicamente el fin de un conflicto espurio, de un choque innecesario entre dos esferas de vida fundamentales para el ser humano. Ahora bien, para quien ciertamente sí significa un golpe es para la religión institucionalizada, esto es, para la religión que se edificó sobre lo que en realidad era un grotesco malentendido. Todo esto nos aclara la naturaleza del conflicto de la religión con el conocimiento y de por qué, puestos ante la alternativa de elegir, cualquier persona mínimamente sensata optará por la ciencia. Eso es lo que ha pasado y lo que explica el creciente vacío de las iglesias y los templos. Hay ciertamente un sentido de ‘religión’ en que es verdad que a mayor ignorancia, mayor religión y a menor ignorancia menor religión, sólo que ese es el sentido menos interesante de ‘religión’. Hay, sin embargo, otro, sobre el cual diremos algo en la siguiente sección, en el que no sólo no puede la ciencia rivalizar con la religión, sino que hace ver que efectivamente la religión es algo fundamental para el hombre.

En conclusión: las creencias sobre el más allá, la resurrección de la carne, los horrores del Infierno, lo sobrenatural, etc., si son tomadas literalmente y se les hace versar sobre seres, lugares, sensaciones especiales, hechos incomprensibles y demás, son no sólo falsas, sino absurdas. Si en cambio se les interpreta como la manifestación de ciertos mecanismos lingüísticos especiales (como el recurso a imágenes, a metáforas o a símiles) y son de utilidad aquí y ahora para el hablante que las expresa, si le sirven para decir algo importante concerniente al sentido de sus acciones y de su existencia, entonces no sólo no son falsas, sino que nos son esenciales. El problema es que la gente en general no entiende eso y sigue bajo los efectos de la alucinación mental según la cual la religión se ocupa de hechos especiales y hace afirmaciones sobre ellos. Pero no debería perderse de vista que quien sí está en aprietos es la religión institucional, mas no lo que nos gustaría llamar la ‘verdadera religión’. Esto nos lleva al núcleo de la religión, esto es, a aquello de la religión que ninguna ciencia puede tocar, pero que tampoco necesita de instituciones para materializarse.

d) *La verdadera vida religiosa y la religión institucional.* La complejidad del problema religioso consiste en que la religión se presenta como un paquete y somos nosotros quienes tenemos que ir analizándola, examinando aspecto tras aspecto. Inclusive en su forma más tradicional, esto es, como religión institucionalizada, hablando supuestamente de cosas que van más allá del conocimiento actual y posible, la religión genera en nosotros ciertos estados anímicos especiales y nos impulsa a vivir de cierta manera. Lo que nosotros queremos hacer es mantener esto último vivo, sin vernos comprometidos con las versiones falsas de la religión. Pero ¿por qué una mala copia de la religiosidad pura podría tener de todos modos efectos saludables? Lo que ha pasado es que, consciente o inconscientemente, los religiosos institucionales han aprovechado lo valioso de la religión, de lo cual se han apropiado, y lo han usado para sus propios fines. Lo valioso de la religión tiene que ver, entre otras cosas, con ciertos sentimientos, con ciertas emociones, con el sentido de nuestras vidas. En general, creo que podría sostenerse que las emociones religiosas son de las más fuertes y desde luego de mejor calidad que emociones provocadas por objetos particulares. De ahí que una vida imbuida de religiosidad tenga necesariamente que ser mejor que una vida de la que la religiosidad está ausente. ¿Por qué es ello así?

La religión es crucial para el hombre en tanto que ser lingüístico por la sencilla razón de que, a diferencia de la ciencia, el arte, la política, etc., versa no sobre aspectos particulares de la vida sino sobre la vida como un todo. El discurso religioso es el resultado de un esfuerzo por expresar algo acerca de la vida considerada como una totalidad. ¿Qué es eso que la religión expresa y que lo hace mejor que cualquier otro simbolismo? El sentido de la vida. El ser humano, en tanto que ser que se auto-representa el mundo, lidia con objetos, con situaciones, con problemas, etc., particulares. Pero el ser humano tiene también la necesidad, el requerimiento de hablar de su vida como si la estuviera contemplando y como si pudiera juzgarla, por así decirlo, desde fuera. El mecanismo lingüístico para ello es el lenguaje religioso. Por eso hablar de Dios no es otra cosa que hablar del sentido de la vida; por eso el lenguaje religioso es imprescindible. Pero hablar de Dios no necesariamente es equivalente a hablar de Cristo o de Jehová o de Alá o de Huitzilopochtli o de Júpiter o de cualquiera de los otros dioses que los hombres han inventado. Lo que es importante es entender que cuando uno habla en serio de Dios uno se siente unido a los demás, quiera uno hacer el bien, quisiera uno no tener nada de qué arrepentirse, quisiera uno abolir el mal, el dolor, llorar con otros, tomarse de la mano, etc. Eso es lo valioso de la religión, eso precisamente que los religiosos institucionales usurparon y usaron para desarrollar la religión prefabricada, de consumo mecánico, diluida con que controlaron a la población mundial durante siglos. Es incuestionable que eso que normalmente se llama 'religión' es religión, pero también que en última instancia es religión falsificada. La religión así no puede generar lo que la buena religión de manera natural engendra. Esto amerita unas cuantas palabras.

La religión natural es una expresión de asombro, admiración, gusto, respeto, amor por la vida y el resultado de un esfuerzo lingüístico por manifestar dichos estados. El religioso natural no sólo no tiene miedo, sino que está pleno de alegría. Darle gracias a Dios por algo es expresar eso. En cambio, el religioso hipnotizado por la interpretación tradicional tiene miedo: miedo a la muerte, miedo al fracaso, miedo a lo desconocido, miedo a su mala conciencia, al castigo. El religioso verdadero genera imágenes bellas, su contraparte supersticiones. Esto, desafortunadamente, nos da la clave para entender algunas de las expresiones “religiosas” ocurridas en México y en muchos otros lugares. En las últimas dos décadas, por ejemplo, se produjeron por doquier en México “maravillas” de toda clase: chupacabras, murales de Vírgenes en el Metro de la Ciudad de México, apariciones de lágrimas o gotas de sangre en retratos de personajes sagrados, y así indefinidamente. Mucha gente, prelados de la Iglesia incluidos, llamaron a supuestos sucesos como esos ‘milagros’, manifestaciones divinas. A decir verdad, lo que con ello se alcanzó fueron los niveles más bajos en el proceso de la degradación de la religión. La idea de un milagro como algo por principio inexplicable, como un suceso que no tiene nada que ver con nuestras vidas pero que está allí, como el surgimiento de una estrella, es una idea absurda pero sobre todo es una idea no religiosa. Es más bien el resultado de una profunda incompreensión. Nuestra pregunta es, pues, la siguiente: ¿es esa la clase de religiosidad que prevalece en México? ¿No es la religiosidad mexicana actual, considerada a nivel masivo, otra cosa que superchería y farsa? ¿Es dicho fenómeno peculiar de México o no es más que la consecuencia lógica de la desvirtualización de la verdadera religión, su suplantación hace miles de años por algo que se le parece, algo asociado con el poder, con la historia, etc., pero que no es estrictamente hablando religión?

Pienso que nos acercamos, paso a paso pero ineluctablemente, al fin de las religiones institucionalizadas. Pero lo que es importante es entender el proceso causal que llevará a él. El fin de la religión tradicional habrá de venir en parte de fuerzas externas, como el materialismo reinante, pero sobre todo de su propio fracaso, de sus contradicciones internas, de su incapacidad para generar en los fieles esa dimensión de vida que cualquier hablante instintivamente busca. El fenómeno de decadencia de la religión convencional está ante nosotros: la carrera sacerdotal es cada vez menos atractiva, las personas rigen cada vez más su vida por consideraciones de orden práctico, la ciencia y la tecnología se imponen cada vez más día a día. Es evidente que la gente quiere creer, pero no lo es menos que el platillo espiritual que en nuestros días se le ofrece es insuficiente. Se requiere, por lo tanto, de una nueva religión o, quizá, de una nueva forma de religión. Naturalmente, la creación de una nueva religión es un proceso secular y sobre esa posibilidad por el momento no se vislumbra nada (o muy poco) en el panorama de la cultura. Sobre esto intentaremos, no obstante, articular unas cuantas ideas hacia el final del ensayo.

En síntesis, lo que podemos afirmar es que a pesar de que las instituciones religiosas se han reforzado, la moralidad y los credos religiosos han ido perdiendo vitalidad e impacto en las vidas de las personas. Sin embargo, el que en su núcleo la religión tradicional (en todo el orbe) esté en franca decadencia y decrepitud tiene una implicación formidable: abre las puertas para que penetre el mundo un nuevo espíritu religioso, a saber, el espíritu de la religión libre, no institucionalizada y que, como una cuestión de hecho, inventaron nuestros antepasados muchos siglos antes de que se le secuestrara y se hiciera fluir la vida religiosa por los rígidos cauces de una administración especializada.

IV) *Consideraciones generales.* Al igual que el sistema de partido único en política o que el muralismo en pintura, la religión no podía ser inmune al paso del tiempo. Inevitablemente, la ley del cambio también le afecta. Por muy estable que les parezca a los seres humanos de una época, cualquier construcción, física o espiritual, en condiciones de existencia totalmente diferentes de las de su origen se desmorona y se desintegra. Es difícil rechazar la idea de que algo así está pasando con las religiones (*qua religiones*, es decir, no en tanto que conjuntos de instituciones y sistemas de ideas políticas) en todo el mundo. Son muchos los signos de dicha evolución. Aquí enumeraré tan sólo algunos de los más conspicuos y prominentes de ellos.

No parece descabellado sostener que dos rasgos el siglo XX tiene, entre otros quizá, dos rasgos característicos, que son la revolución computacional y la derrota del socialismo (sobre todo ideológica) en todas sus variantes conocidas. Empero, es importante comprender que al mismo tiempo que moría el socialismo desaparecía también de la faz de la tierra la idea misma de sistemas políticos si no mesiánicos sí imbuidos de grandes ideales comunitarios, de objetivos ecuménicos de cohesión universal, de movimientos genéricos grandiosos. ¿Qué lo derrotó? Lo que triunfó fue el prosaico sistema de producción e intercambio de mercancías, establecido ya a nivel mundial, esto es, globalizado. Lo que se impuso fue la explotación brutal y sistemática de la naturaleza, inerte o viva, del hombre por el hombre y de bloques de países por bloques de países. Pero con estos fenómenos llegó también y se impuso el individualismo a ultranza y el materialismo descarnado. Juan Pablo II mismo, después de su enorme victoria sobre el sistema socialista de Europa del Este, fue de los primeros en percibir que junto con su victoria habían triunfado las fuerzas mencionadas. Dicho de otro modo, una vez derrotados los odiados enemigos partidarios del control de la riqueza y en favor de un reparto un poco más equitativo de los bienes materiales, lo que con fuerza irrumpió en el mundo fueron las creencias de que la vida empieza y termina en la Tierra, que vive mejor quien más consume, que lo único que importa es la vida material satisfactoria y lo que ésta acarrea. En otras palabras, lo que se infiltró en la vida humana y la domina cada vez de manera más obvia es precisamente **la falta de espiritualidad**, es decir, **la**

**irreligiosidad.** El modo de vida actual induce en la gente la idea de que la vida buena es la vida del consumo obsceno, la vida en el placer o en la búsqueda del placer y que todo lo que no tenga consecuencias prácticas positivas es simplemente de tontos. Lo que la vida bajo el modo de vida actual enseña y promueve es que la realización del ser humano es pura y enteramente de carácter individual y que de lo colectivo le corresponde a otros ocuparse. ¿Qué podría ser más ajeno a esta forma de entender la vida que la idea de un hombre que, como Jesús de Nazareth, se entrega a un suplicio para que **otros** se salven? Una idea así en la actualidad es casi ridícula y es una idea que ya no le sirve al hombre contemporáneo. En verdad, el materialismo del período actual es lo más opuesto que podría haber de la verdadera religión y es lo que los representantes de la religión institucionalizada contribuyeron a imponer. Friederich Nietzsche pasó a la historia, entre otras cosas, por una célebre frase, a saber, “Dios ha muerto”. Sin duda alguna esta expresión, mejor que ninguna otra, describe la situación de las sociedades contemporáneas *vis à vis* las religiones tradicionales.

Otra manifestación palpable del retroceso de las religiones establecidas es la competencia a la que se ven forzadas por nuevas religiones, por lo que podríamos llamar ‘pequeñas’ religiones. Éstas brotan y se multiplican como hongos. Al proliferar como lo hacen, las asociaciones religiosas se asemejan cada vez más a clubes privados. El desarrollo lógico de esta tendencia sería una situación en la que cada manzana o cada colonia tendría su propia Iglesia. La pregunta forzosa en este caso es: ¿a qué se debe semejante explosión de estas nuevas formas de religiosidad? La respuesta salta a la vista: a la insatisfacción que dejan en la gente las grandes religiones establecidas. La verdad es que ni siquiera en países tan monolíticos desde un punto de vista religioso como lo fue México podemos seguir hablando de La Religión. Existen ahora muchas religiones, cada una con su grupo de fieles, con sus pastores, sus profetas, etc. en la actualidad, multitud de gente se reúne en sus casas y allí leen textos sagrados, cantan, oran, etc. Pero lo que es muy importante entender es lo que esto significa, a saber, que la gente está empezando a sentirse realmente hambrienta de espiritualidad y busca, a tientas y a ciegas, un nuevo canal para la expresión de sus requerimientos espirituales, para eso que los productos religiosos oficiales y en circulación ya no la sacian.

Otra manifestación tangible de la decadencia de la vida religiosa convencional es la paulatina transformación de sus festividades. Es cierto que las procesiones a la Villa de Guadalupe o a la iglesia de Zapopan, en Jalisco, siguen siendo multitudinarias, pero con excepción de algunas fechas y lugares especiales (el 12 de diciembre, por ejemplo), el que esas concentraciones se den no anula el hecho de que los rituales y los sacramentos eclesiásticos atraen cada vez menos gente. Esto afecta inclusive a las fiestas religiosas. Considérese momentáneamente las posadas. Lo que de inmediato habría que decir al respecto es que no son lo que solían ser. En México, lo que otrora fueran alegres fiestas en las que la comunidad se entretenía

pero cuyo eje rector era celebrar la Natividad han prácticamente desaparecido por completo y le han cedido su lugar a una usual reunión de amigos, en la que el objetivo es bailar, cenar, flirtear, etc. Lo cierto es que las fiestas navideñas, tanto en México como en muchas otras partes del mundo cristiano, se han convertido en pretextos para la compra de regalos, para preparar cenas lo más suculentas posible y, en general, podríamos decirlo, para la celebración de festejos cada vez más comerciales y cada vez menos religiosos. De lo que ya no es posible dudar es de que lo que en otros tiempos eran genuinas motivaciones religiosas de muchas de las festividades y celebraciones en las que con gusto participaba la gente en la actualidad está casi totalmente ausente.

Desde siempre la religión ha estado asociada con los mejores sentimientos humanos, con las tendencias más nobles, con los deseos más edificantes que las personas pueden tener. Dejando de lado persecuciones, Inquisiciones y demás, es un hecho que la religión ha estado siempre inspirada por visiones ecuménicas de cohesión social y de armonía universal. Para expresarlo de algún modo: era en la religión que se borraban distinciones de clase. Era al rezar que el noble y el plebeyo se encontraban unidos porque, a diferencia de lo que sucedía en la Tierra, ante Dios todos eran de igual valor. No podía, por consiguiente, haber un uso privado o sectario de la religión. Ello habría sido impensable, un auténtico contrasentido. Por ello, es a la vez perturbador y revelador el que en la actualidad pulule esa clase de usos de la religión. Un caso significativo de esta nueva desviación religiosa, naturalmente condenada por la Iglesia Católica aunque vinculada con ella, es el así llamado ‘culto a la Santa Muerte’. El ícono representativo de esta “religión” es ni más ni menos que un esqueleto vestido como la Virgen de Guadalupe. Esta representación se encuentra a menudo en mercados, en pequeñas tiendas, etc., pero sobre todo en casas de narcotraficantes. O sea, son los delincuentes quienes han encontrado a su “santa” apropiada, su dios al que le rezan para que tengan éxito en sus fechorías. Esto es evidentemente un caso de descomposición religiosa o, si se prefiere, de lo que podríamos llamar ‘neo-paganismo’. La confusión implícita en esta clase de pseudo-religiones es la confusión de creencia religiosa con superstición. El delincuente, el criminal “pide” ayuda, pero la ayuda que solicita es para la realización de algo siniestro. La ayuda que pudiera recibir no podría proceder de ninguna divinidad, en el sentido serio de la expresión. Por lo tanto, lo que el delincuente hace es, al pedirle apoyo a una no entidad, expresar de manera ferviente su deseo de que las cosas le salgan a él bien, a sabiendas de que si las cosas le salen bien es porque el mal triunfó. Eso no es religión en ningún sentido serio de la expresión. Pero lo importante aquí no es tanto la conducta del delincuente como su significado. Lo que este fenómeno de la Santa Muerte indica es que la religión tradicional está dejando de operar en el ánimo de mucha gente, de gente en todos los niveles y sectores sociales. A lo que asistimos es a un sinsentido religioso, propiciado desde luego por la inoperancia y la ineficacia religiosa de las religiones establecidas.

No estará de más resaltar una vez más el marcado contraste que se da entre, por una parte, el debilitamiento de la creencia y la moralidad religiosas y, por la otra, el resurgimiento de las instituciones religiosas. La verdad es que es difícil determinar qué es más importante para la Iglesia Católica, si sus fieles o su importancia institucional. Los fieles se le escapan cada vez con más rapidez, pero en cambio ella está cada vez más dispuesta a participar en la política nacional. Un caso interesante de esto último es el abierto pronunciamiento por parte del Cardenal Primado de México, Norberto Rivera Carrera, en contra de la propuesta de modificación a la ley de salud, propuesta hecha por el PRD en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, en el sentido de permitir el recurso a la eutanasia, después de que el caso hubiera pasado por la comisión médica correspondiente. La protesta desde el púlpito fue inmediata. Este pronunciamiento por parte de un jerarca de la Iglesia Católica es ilustrativo en grado sumo, pues vuelve a poner de manifiesto la contradicción que se da entre los intereses de la Iglesia y los de la gente. Si hay algo obvio para el ciudadano actual, es decir, el que tiene a parientes en fase terminal en un hospital o en una clínica (o en su casa), el que tiene que lidiar con médicos, cuentas, enfermeras, medicamentos, el padecimiento de un ser querido, etc., es que una medida así era ya indispensable. Sencillamente, no es posible mantener a México permanentemente tan rezagado *vis à vis* las legislaciones de muchos otros países en los que la legislación médico-penal se ha modernizado, puesto que también nuestro país tiene una infraestructura hospitalaria que obliga a actualizar la legislación. Además, es evidente que la medicina actual ha generado situaciones de dolor y de desesperación innecesarios para los pacientes y sus parientes, pues en la actualidad es factible mantener respirando indefinidamente a un cuerpo que desde todos los demás puntos de vista es ya un cadáver. Si hay algo *contra natura* es precisamente eso. Ahora bien, lo interesante del pronunciamiento del cardenal no se debe tanto a que se trate de un llamado particular a desobedecer la ley, un llamado que por razones de suyo obvias en la práctica tendrá muy poco efecto, sino que pone de relieve dos hechos interesantes: primero, que la Iglesia que la Iglesia Católica se siente con la fuerza suficiente para intervenir abiertamente en asuntos de interés público y, segundo, que está imposibilitada para auto-reformarse. La Iglesia tiene que seguir apoyando dogmas y creencias rebasadas y cada vez más inservibles por la sencilla razón de que su identidad le va en ello. El caso de la eutanasia habla por sí mismo, a más de muchos otros casos (aborto, divorcio, pena de muerte, etc.). No es que el gobierno del Distrito Federal estuviera proponiendo una ley excesivamente liberal (como las hay en otras partes del mundo, en Holanda por ejemplo), sino que ni siquiera modificaciones que el tiempo ha mostrado que son urgentes le resultan aceptables a la Iglesia y a sus dignatarios. Esto muestra que la Iglesia se convierte día con día en una fuerza retrógrada y anti-social, esto es, en una fuerza que de hecho dejó ya de combatir en favor de la vida y del progreso. Así, pues, es un hecho que la Iglesia se aleja más y más de las masas, a las que en otros periodos históricos guiara, puesto que ya no cuenta con los medios para imponer su óptica y sus políticas. En este sentido y por no haber todavía encontrado a su

sustituto, podemos decir del pueblo de México que se encuentra a la deriva, sin lo que en otros tiempos fuera un guía seguro y una fuente de respuestas satisfactorias para muchos de los problemas de la vida cotidiana.

Es importante observar que la religión, considerada en su conjunto, tampoco ha escapado al irresistible proceso de la globalización, lo cual pone de manifiesto la inserción de las Iglesias en el tablero político mundial. Una oportunidad para entender esto lo proporciona la muerte de Juan Pablo II. La pregunta que de manera natural todo mundo se hizo fue: ¿quién será el nuevo papa? A primera vista por lo menos, **un** criterio para la toma de una decisión tan importante como esa habría debido ser la cantidad de fieles que hay en los países. Desde este punto de vista, es obvio que México y Brasil eran los países más importantes. Después de todo, en algo debería pesar el hecho de que en México hay cerca de 80 millones de católicos y en Austria alrededor de 6. ¿Por qué entonces era prácticamente imposible que sucediera a Juan Pablo II un papa latinoamericano? La razón salta a la vista: también al interior de la Iglesia prevalecen los criterios usuales de dominio y riqueza. Más aún: lo que queda claro es que al interior de la Iglesia Católica hay jerarquías y estructuras de corte nacionalista que corresponden a las del *status quo* político mundial. Esto no debería sorprender a nadie, pero no deja de llamar la atención cuando se hace explícito. Después de todo, el Vaticano pretende ser un estado reconocido por los demás, con su banco, sus representantes diplomáticos, su periódico, etc. Lo que es extraño es que eso se diga, porque nos hace reparar en el hecho de que la Iglesia Católica es mucho más que un mero sistema de creencias. Por otra parte, este fenómeno de politización de las Iglesias no es privativo de la Iglesia Católica: el islamismo, el budismo, el judaísmo, etc., son religiones institucionalizadas muy activas políticamente en los países en donde están enraizadas.

Es difícil, considerando a vuelo de pájaro la situación de la religión en México a lo largo de los últimos cincuenta años, pronunciarse sobre el panorama que ésta nos ofrece. Sin duda alguna, el proceso de institucionalización de la religión se ha reforzado y fortalecido, pero todo indica que ello ha sido en detrimento de la auténtica vida religiosa; ciertamente, las instituciones religiosas son cada día más potentes políticamente, pero la genuina espiritualidad se ha desvanecido y, en este sentido, el pueblo de México es como un barco a la deriva, perdido y sin rumbo. La vida diaria, esto es, la vida en la que triunfan la corrupción, el entreguismo, las ambiciones más bajas, los ideales más prosaicos, es una prueba palpable e irrefutable de ello. Las concentraciones de masas por festividades religiosas son todavía imponentes, pero difícilmente podría decirse que la vida cotidiana del mexicano común es efectivamente guiada por preceptos religiosos profundos y que la religión ha servido para unificar a la población, proporcionando sentidos para la existencia colectiva. Es inclusive perfectamente imaginable que, en un periodo no lejano de oscurantismo, se impusiera en las escuelas una biología no darwinista o

que en los estudios profesionales la lógica aristotélica desbancara a la lógica contemporánea, pero es evidente que eso no sería una prueba del avance de la religión, sino precisamente de su retroceso. Por paradójico que suene, lo que este breve ensayo ha permitido vislumbrar es que lo que se ha producido durante el último medio siglo es la escisión de la religión con las Iglesias. Hay un sentido en el que eso es un fenómeno deprimente, pero otro en el que debería hacernos ver el futuro con un cierto optimismo. Veamos rápidamente por qué.

Una religión, como una ciencia, requiere de siglos para gestarse, desarrollarse y cristalizar. Cuando eso pasa, entonces decimos que funciona. ¿Qué quiere decir que una religión “funcione”? Significa que, a la manera de un cemento social, la visión religiosa de que se trate unifica y cohesiona a la población, le hace ver con optimismo su futuro, dota de confianza a su pueblo, le permite movilizarse en direcciones determinadas y le hace sentir a las personas que no están perdidas en una inmensidad indiferente. Cuando una religión deja de funcionar lo que sucede es que, aunque logre mantener de manera forzada rituales y fraseología, los efectos benéficos que normalmente la religión tiene se pierdan: la gente no se siente unida en un proyecto común, no percibe en su horizonte nada intrínsecamente valioso, todo y todos se vuelven medios para la obtención de los objetivos de cada quien, a nadie le importa lo que le sucede a su vecino, las creencias religiosas son entendidas de manera grosera como meras formas de trueque (creencias por salvación, creencias por obtención de favores, etc.) y, poco a poco, la angustia y la desesperación se van apoderando de las masas. Inevitablemente, un pueblo sin religión está desorientado y se siente perdido. Hay fuertes indicios de que algo así está pasando en México. Es debatible si ello es un problema exclusivo de México o si no se trata más bien de un problema de la religión católica misma, o inclusive y más en general de las grandes religiones teístas. En todo caso, el que algo así suceda significa la decadencia de la religión particular de que se trate. En verdad, no es extravagante sostener que algo como lo que desde un punto de vista religioso sucede en la actualidad en nuestro país pasó a finales de la Antigüedad, cuando la religión oficial, la religión establecida y heredada de los griegos, se vino abajo ante el vital empuje de lo que en ese momento era la nueva religión, *viz.*, el cristianismo. Probablemente la descomposición religiosa no sea una causa del caos social, pero en todo caso es sintomático de él. En este sentido, el espectáculo de la religión en México es deprimente y triste. No obstante, ello no es lo único que podemos inferir de nuestra descripción. Veamos por qué.

Vida y Muerte son dos caras de una misma moneda. Por decirlo de alguna manera, se garantizan una a la otra. Los periodos de decadencia son los periodos en los que la Muerte prevalece hasta que se impone por completo, pero sólo para ceder su lugar a un nuevo renacer, a una nueva Vida. Las religiones no son una excepción a esta ley del universo y es precisamente esto lo que nos infunde un cierto optimismo. Nosotros sabemos *a priori* que de las cenizas de una religión decrepita,

transformada en una especie de cascarón vacío, como una máquina con manivelas que no sirven para nada pero que de todos modos se mueven, habrá de surgir una nueva religión, un nuevo cemento ideológico para la sociedad en su conjunto, un sistema de creencias que la gente acepte de buena fe para vivir en concordancia con ellas, induciendo a sus fieles a una vida de armonía y trabajo, de paz y afecto, iluminando así su fugaz y a menudo penoso paso por el mundo. Son sobre todo los espasmos de la agonía, que en contextos como este se miden en decenios, lo que nos llena de espanto y de dolor.

Como es evidente de suyo, parte del problema es que si bien sentimos o intuimos que algo está literalmente muriendo de todos modos sigue siendo lógicamente imposible hacer predicciones, sean las que sean, en relación con el advenimiento de la nueva religión. En este sentido, sería insensato no sólo pretender dar fechas, sino también intentar adivinar las formas que la religión del futuro habrán de revestir. No obstante, nuestro conocimiento de las religiones del pasado y del presente algo nos autorizan a decir no respecto a las modalidades de la religión, sino respecto a las condiciones que se tendrán que satisfacer para que brote algo religiosamente nuevo. ¿Qué podemos afirmar al respecto?

La nueva religión, sea la que sea y llámesele como se le llame, habrá de materializarse en un cuerpo de doctrina que no mantenga ninguna clase de vinculación especial con el conocimiento y, más específicamente, con la ciencia. La religión del futuro no puede ni competir con la ciencia ni pretender sustituirla. En todo caso, habrá de integrarla. Por otra parte, la nueva religión habrá de cumplir plenamente sus funciones esenciales, tanto para la colectividad como para el individuo. Con la religión que habrá de reinar en el México del futuro habrán de introducirse nuevos elementos de cohesión social y la conciencia popular estará imbuida de la certeza de que el progreso es algo real y tangible. En el plano individual, la religión habrá de servir para colorear la existencia, para fundamentar una moralidad positiva y una perspectiva alegre. La religión, en tanto que esfera de vida autónoma, habrá de ser igualmente independiente de la política. Nada más ajeno a la nueva religión que la imagen de un párroco dándole la bendición a un bombardero. La religión sana del futuro habrá de ser una que, a través de oleadas expansivas, integre poco a poco al todo de la humanidad, sin sectarismos ridículos ni segregacionismos más o menos cínicos, supuestamente basados en teologías más o menos endebles. En todo caso, de lo único que podemos estar seguros es de que, cuando por fin una religión así impere en México, ello será porque la nación mexicana habrá vuelto a encontrar su rumbo y estará entonces habilitada para ver su futuro con confianza.